

El jardín de Vaz Ferreira

Luis Carrau

Un jardín no convencional

El marco verde de la casa de Vaz Ferreira es de una imagen agreste, en donde no se observa la intervención de un jardinero o de nadie, al menos en la primera impresión. Hablamos de 1920, diez años después de la inauguración de la Rosaleda del Prado, allí cerquita en donde las quintas que abastecían de productos hortícolas a Montevideo pasaron a ser residencias de recreo de la alta sociedad de Montevideo, cuyas casas y jardines eran construidos y arreglados en referencia a estilos tomados de sus viajes por Europa, Asia y otros lugares del mundo.

Hoy día, la Quinta, como siempre la llamaron en la familia del filósofo, contrasta notablemente con los jardines del barrio, y con más razón lo hizo en su época contrastando con aquellas suntuosas residencias con arreglados jardines que llamaban la atención de los ciudadanos.

Vaz Ferreira quería un jardín de árboles, librado a su evolución natural para ser observado a lo largo del tiempo. Son muy significativas las fotos que hizo tomar don Carlos en 1920, que muestran imágenes de aparente abandono del predio, en donde posan su esposa e hijos incluidos en la naturaleza, varios de ellos aparecen entre las ramas y trepados en algún árbol. En otra se aprecia su casa de dos pisos en ese marco de vegetación de aspecto agreste, de reproducción espontánea de sus gramíneas, árboles y arbustos.

El jardín y la vida de la familia

El matrimonio Vaz Ferreira-Raimondi educó a sus hijos en la misma quinta. Doña Elvira era maestra y dejó su corta pero brillante carrera en educación primaria para ocuparse de la educación de sus hijos, y puso en práctica la experiencia de parques escolares que proponía Vaz Ferreira para la escuela primaria. Las imágenes de los hijos pequeños, y ya más grandes, fotografiados en el jardín, los muestran

casi siempre vestidos de túnica y descalzos muchas veces, con un libro o un cuaderno.

Aquí las aves tuvieron un protagonismo especial, porque Carlos tenía afición por ellas. Tal es así que llegó a poseer cuatro grandes jaulas, de las que todavía una se mantiene en pie, en las que tenía aves para su observación y que en poco tiempo las abrió para terminar con ese cautiverio. También se interesó mucho en los gallos ingleses, de los que supo poseer unos cuantos, habiendo aprendido varios mensajes de sus cantos, como el de «depredador por el cielo», «depredador por tierra» y otros. También hizo construir un refugio para golondrinas en la azotea de la casa y tuvo mucha influencia en el interés por las aves que también adquirieron sus hijos, quienes produjeron una revista manuscrita sobre el tema. En *El Pájaro* relataban sus observaciones sobre las aves y otros integrantes de la pequeña fauna del jardín, adjuntando dibujos muy precisos de los pájaros en cuestión. Las tareas estaban repartidas entre los exploradores y relatores de las observaciones, los que las transcribían y hacían copias de cada número semanal para ser entregado a sus suscriptores a cambio de algunas plumitas.

El jardín también fue marco para la música que Vaz Ferreira escuchaba con conocidos que llegaban a la Quinta, dos veces por semana. No en vano la ampliación que hizo para su sala de música avanza sobre el jardín con un ventaneo a 180°.

La pelota vasca también fue otro de sus intereses que contagió a sus hijos, para lo que hizo construir una cancha para tales efectos.

La relación de la casa con el jardín puede entenderse con la siguiente expresión de Vaz Ferreira:

La escuela de parque no es más que una especie de refugio contra el mal tiempo. La escuela principal está afuera, entre los árboles, está a la luz, está al aire. [...] Mis hijos viven siempre en una quinta, es decir, en un grupo de piezas rodeadas de árboles. Viven [así] en invierno como en verano.

¿Cómo se proyectó el jardín?

El proyecto es puramente idea: está en el intelecto, no se dibuja, no lo construye el diseñador. Deja que la naturaleza lo haga, quizás buscando la sorpresa de lo impensado. Sí hace aporte de plantas y

árboles, nativos y exóticos, que se sumaron a los que sobrevivían del jardín preexistente.

La idea de un «jardín de árboles» que se genere según sus propias leyes —las leyes de la naturaleza albergadas en los genes de cada ejemplar— significa el deseo de (re)crear un espacio natural, con su flora y la fauna que lo acompañe, para ser observado a través del tiempo y las estaciones.

Distribución espacial del predio (plano)

El amplio predio esquina de unos 4.000 m², con su gran cantidad de árboles, tiene una distribución espacial muy rica y variable a lo largo del tiempo, debido a la forma que adoptan los lugares debajo de la alta fronda, a medida que los diferentes árboles nacen, se desarrollan y mueren.

Desde la puerta de entrada al predio la casa se ve atrás de grandes árboles y plantas más bajas, mostrando un camino en curva que hay que recorrer para ver la fachada entera y descubrir que la casa está cuatro escalones por encima del nivel de suelo del terreno.

A pesar de la imagen selvática que se tiene desde la vía pública, hay en el centro del predio y junto a la casa un gran espacio a cielo abierto. Los días soleados se produce un fuerte contraste de luces y sombras entre el suelo a cielo abierto, cubierto de plantas rastreras, y la volumetría hueca de árboles grandes y medianos que cobija las espacialidades debajo de esa impresionante fronda.

Hacia el fondo, por detrás de grandes camelias de colores rojo, rosado y blanco, de una gran palmera canaria y un olivo que sostiene una gran glicina de largos racimos de color azul-violeta, se esconde el jardín de flores, el predio que Vaz Ferreira compró para que su esposa pudiera cultivar flores para adornar los interiores de la casa. De esta manera consiguió que no se contaminara visualmente su jardín natural con la imagen de lo cultivado y, sobre todo, que no cortaran flores de su jardín.

Vaz Ferreira mantuvo todos los árboles y plantas pertenecientes a un jardín anterior, de los cuales sobreviven algún eucaliptus e incluso cipreses, hacia los cuales expresa su antipatía porque le recordaban a la muerte, «son árboles sin estaciones». También respetó las preexistencias inertes, como la antigua rotonda de entrada de la que

hoy quedan todavía alguna base de las estatuas que la flanqueaban o el largo zarzo de hierro que corta el «bosque» y que con las plantas trepadoras que lo cubren dan un halo de misterio que invita a tras-pasarlo para seguir descubriendo otros lugares.

El bosque se puede transitar por angostos senderos que recorren los diferentes lugares abigarrados con más o menos vegetación, como el zarzo mencionado, o descubrir el gran jaulón de hierro y tejido de alambre, ahora con vegetación por dentro. El gallinero con el galponcito de la ración y el registro de gallos. Las dos grandes piletas de lavar la ropa y la cancha de pelota contra la casa.

2001, la restauración

Vaz Ferreira falleció en 1958 y quedó la creencia en la familia de que al jardín debía dejárselo totalmente a las leyes naturales. La resultante fue la de un lugar selvático en donde muchas plantas invasoras ahogaron a otras y llegaron a destruir muchas de ellas y cubrieron buena parte de la vegetación a modo de redes, emparejando las formas, texturas, colores y floración con un manto grisáceo, además que para acceder a la casa había que hacerlo de a uno y agachándose.

En el año 2001, la familia decide que la casa debe abrirse y sumarse al acervo cultural del país, y para eso se piensa en un centro cultural y museo de sitio, para lo que la situación vegetal comprometía la accesibilidad de los visitantes. Estaba claro que se debía reducir el volumen vegetal de muchas plantas, pero no lo podíamos hacer sin antes investigar y argumentar en favor de lo que Vaz Ferreira quería para su jardín, lo que logramos con los tres puntos que relato a continuación.

1. Parte de su pensamiento debió ser el que todas las plantas que fue agregando pudieran convivir y desarrollarse en ese medio, lo que ya no se estaba cumpliendo, llegando a perderse algunas debido al desarrollo desmedido de plantas trepadoras como: el helecho plumoso (*asparagus setaceus*), la hiedra (*hederá helix*) y la campanilla azul (*ipomea indica*).
2. Una anécdota, de varias que la familia nos ha relatado, cuenta sobre la entrada furtiva en el jardín de chicos del barrio a cortar ramas de laurel para vender en la feria, a quienes don Carlos sorprende *in fraganti* para poder hablar con ellos

y darles el consentimiento a cambio de que cortaran de las plantas que él les indicaría y del retiro de plantines de laurel, así como de ligustros que eran plantas intrusas y muy prolíficas.

3. El descubrimiento de una imagen, al revelar unas placas fotográficas halladas en la casa, en donde se lo ve posando junto a un montón de podas.

Estos tres puntos nos dieron la pauta de que Vaz Ferreira hacía un mantenimiento inteligente de su jardín de árboles, controlando las plantas intrusas e invasoras en donde no convenía, preservando la «armonía natural» del hábitat.

Lo tangible y lo intangible

Un jardín tiene a los árboles y plantas como sus componentes principales, pero también lo integran otros como zarzos, estanques, senderos, bancos, etcétera. Los primeros son seres vivos que como tales nacen, se desarrollan y mueren, y tienen una imagen cambiante a lo largo de su vida y de las estaciones. No pasa así con el resto de los componentes que son formas permanentes, inertes, salvo el agua cuando se la pone en movimiento. Se restaura algo cuando se lo deja en su estado original, cosa que es impensable cuando se trata de plantas. El ser vivo cambia permanentemente, pero sí podemos hablar de restaurar un ambiente que generan una comunidad de plantas. La planta sola variará su tamaño a lo largo del tiempo y cambiará su aspecto en cada estación. Podemos hablar de monte de galería, de los palmares de bañado, el monte de parque, y a pesar de que todos los individuos que componen cada uno de los casos son diferentes, todos sabemos que hablamos de lo mismo.

Entonces no podemos hablar de restaurar plantas, pero sí podemos restaurar comunidades, ambientes, lugares que se forman con determinadas plantas y características.

En este caso hablamos de algo intangible, sin forma permanente, no inerte, porque se conforma de la sumatoria de seres vivos que, asociados en el espacio con algunas particularidades, hacen que ese algo intangible sea reconocible por determinadas características, sea que exista en un lugar o en otro. El monte de galería se produce junto a los cauces de agua y muchas de sus plantas se repiten y otras son

exclusivas según la zona, y todas esas plantas coexisten con distintas edades y formas que toman según cada lugar.

Por todo esto me animo a decir que se puede restaurar o mantener un ambiente, y es lo que se hizo y se hace en el jardín de la Quinta de Vaz Ferreira. El proceso mismo de la naturaleza con su evolución en el tiempo ha producido y produce un ambiente con determinadas características que con mucha similitud se repiten y cambian de sitio, manteniendo vivo el espíritu del lugar.

El ambiente del jardín, en cincuenta años de vida de Vaz Ferreira, fue cambiando en su apariencia física y en su hábitat natural, tomando una forma madura también cambiante, con el desarrollo de árboles longevos y plantas trepadoras, y por respeto a esa naturaleza que creció y desbordó en estos otros casi cincuenta años sin dirección es que respetamos muchas de las grandes trepadoras que casi tapan varios árboles, así como desmontamos otras cuyos árboles soporte ya no las resistían.

La resultante del control sobre especies invasoras es que la imagen salvaje de la competencia entre plantas, lo que llamo «natural desordenado», se vea más ordenado o prolijo, que es lo que denomino «natural ordenado». Dejamos que la naturaleza hiciera lo que fuera en algunos lugares y en otros la ordenamos o alineamos permitiendo visualizar más claramente las manchas que producen los distintos grupos de plantas a la vez que las aliviarnos de la carga de otras.

De los pocos elementos inertes que hay en el jardín de la Quinta, se restauró un zarzo de madera sobre el que se apoya una santarrita (*bouganvillea spectabilis/glabra*) que con el tiempo fue perdiendo altura en la medida que se pudrían las partes inferiores de los parantes, interfiriendo con el paso de los visitantes para llegar a la entrada de la casa. Para realizar los trabajos hubo que podar la parte superior de la planta, dejándola casi exenta de ramas, conservando los troncos hasta la altura a donde se iba a reconstruir la estructura, que con su diámetro y aspecto daban y dan crédito de sus muchos años de vida y, a su vez, garantizando una rápida reposición de la fronda sobre el zarzo restaurado.

Si consideramos que los senderos recubiertos de balasto o piedritas grises, que la naturaleza borró con el tiempo, fueron elementos tangibles, pudieron ser restaurados gracias a la prodigiosa

memoria de Raúl, el menor de los hijos del matrimonio Vaz Ferreira-Raimondi, quien, a pesar de haber perdido el sentido de la visión, describió todo el jardín árbol por árbol, con cada ubicación paso a paso y los recorridos de los senderos así como «el jardín de mami, perfumado de violetas» como él le decía. La elección de Elvira fue el de plantas con flores perfumadas como las lilas, rosales, *magnolia foscata*, *osmanthus*, violetas, lirios, jazmines, calas... con las que podía armar los floreros de su casa. El esquema clásico de canteros para flores de corte, con un camino principal más ancho y los laterales bordeando los canteros de forma ortogonal, contrasta con el jardín libre en donde los senderos van cambiando de lugar en función de los árboles que caen y de las plantas que crecen.

Hoy día los espacios del jardín acogen eventos musicales y muchos visitantes, que se sorprenden por la magnificencia de su vegetación y las espacialidades que definen, que comprueban la riqueza del ambiente librado a sus leyes naturales.

El jardín como organismo vivo

El ecosistema del lugar es formidable. El suelo es de una increíble fertilidad. Y los ciclos de la naturaleza se cumplen a la perfección. El jardín es todo un organismo vivo cuyas partes nacen, crecen y mueren a su libre albedrío.

La sensación es de un jardín dejado. Ni abandonado ni descuidado. Simplemente confiado a la sabiduría de la naturaleza.

Nota

Debo decir que todo lo que aprendí sobre el jardín de la Quinta lo debo a la arquitecta Cristina Echevarría Vaz Ferreira, quien fue el nexo permanente con el resto de la descendencia del filósofo, con un aporte muy rico de información, la de tradición oral, así como de toda la información registrada que estuvo a su alcance, la conocida y la que fue apareciendo, una tarea de equipo que permitió tomar decisiones sobre los trabajos a realizar en el jardín. Fueron de muchísima ayuda las entrevistas que Cristina, con la arquitecta Perla Estable, le hizo a su tío Raúl y otra realizada junto al ingeniero Pablo Ross.